

100

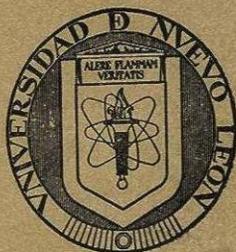
HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Carilla Argentina
Biblioteca Universitaria*

9



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1968

FUNDAMENTO Y ESENCIA DE LA VERDAD

DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE
Universidad de Nuevo León.

Sumario: 1. ¿Qué es la verdad?—2. Fundamentación de la Verdad.—3. El sentido de la Verdad.—4. La Verdad Mundana participa de la Verdad Eterna.—5. Verdad y Convivencia.

1. ¿QUÉ ES LA VERDAD?

¿CUÁL ES LA ESENCIA DE LA VERDAD? Ordinariamente se entiende por verdad lo real. Decimos, por ejemplo, que “fulano” es un verdadero amigo, indicando que se trata de un amigo real, auténtico. La definición tradicional de la verdad: “veritas est adaequatio rei et intellectus”, o, mejor aún: “veritas est adaequatio intellectus ad rem” (la verdad es la adecuación del conocimiento con la cosa), entraña un sentido de conformidad, de concordancia. Lo contrario a la verdad —lo falso— es la falta de concordancia del enunciado con la cosa. Un juicio es falso cuando no presenta a la cosa tal como es. Pero aún en los juicios falsos hay elementos verdaderos. Si digo, vbg.: “los alemanes son latinos”, digo seguramente algo falso, pero es al menos verdad que existen los alemanes y que ciertos hombres son latinos. Un pensamiento que no se identificase con ninguna cosa, será imposible, nada en el orden del pensamiento. Por eso se ha dicho que una verdad está supuesta siempre en el error.

El hombre no podría vivir, si no tuviese la convicción de que sus facultades cognoscitivas le llevan a la verdad. Sería imposible obrar o abstenerse de obrar. Indudablemente la razón alcanza con certeza plena las verdades más elevadas del orden natural. Y ello es así, porque *lo que es*, es lo que causa en nuestro espíritu la verdad. Para ser plenamente escéptico habría que convertirse en vegetal. Es claro que al afirmar la veracidad de nuestras facultades cognoscitivas estamos muy lejos de caer en el error, por exceso, del racionalis-

mo. Nuestra razón alcanza la verdad no sin dificultad y a condición de someterse a una disciplina externa a ella.

Heidegger ha formulado el carácter ontológico fundamental del problema de la verdad, retornando a la aurora del pensamiento griego: la verdad es descubrimiento, revelación del ser, de lo existente. De esta verdad original y esencial, surge, como degradación, la revelación de adecuación de la verdad lógica. Antes de todo predicado, está el estado manifiesto de lo existente, el ponerse al descubierto. La verdad de la proposición echa sus raíces en una verdad óptica. En su estudio intitulado "De la esencia de la verdad" ("Vom Wesen der Wahrheit"), Martín Heidegger expresa que "si sólo mediante la apertividad del comportamiento la conformidad (verdad) del enunciado se hace posible, lo que hace entonces posible la conformidad posee un derecho más original de ser considerado como la esencia de la verdad".¹ Pero ese comportamiento abierto a la potencia de lo real, se funda en la libertad. No se trata de capricho ni de subjetividad arbitraria, sino de un entregarse a lo real patente y manifiesto, de un dejar ser al ente. Esta libertad se identifica con la existencia del hombre. Antes que todo, la libertad "es el abandono al develamiento del ente como tal".² En este sentido, cabe afirmar que el hombre no "posee" la libertad como una propiedad, sino al contrario: la libertad posee al hombre. Observa Heidegger que el error, como ocultamiento del misterio del ser, forma parte de la íntima constitución del hombre histórico. Concluye afirmando: "La pregunta por la esencia de la verdad encuentra su respuesta en la sentencia: la esencia de la verdad es la verdad de la esencia".³ Corresponde a la ontología fundamental plantear y resolver la cuestión de la verdad de la esencia, de la verdad del ser. Hasta aquí el pensamiento de Heidegger sobre la esencia de la verdad. Apuntemos unas cuantas e indispensables observaciones críticas.

Al idealismo de "Ser y Tiempo" (la verdad como producto del "Dasein") sucede ahora un realismo: el hombre está abierto a la verdad, pero no la engendra. Cabe preguntar si la antítesis entre la verdad de adecuación (lógica) y la verdad de revelación (óptico-preontológica) puede o no ser superada. En una nota preliminar al libro de Alfonso de Waelhens *La Filosofía de Martín Heidegger*, el jesuita español Ramón Ceñal observa: "Que el conocimiento verdadero descubra la cosa en sí misma, es afirmación perfectamente admisible; que este descubrir se revele por sí mismo como tal, en toda su radiante

¹ MARTÍN HEIDEGGER, p. 10, *De la esencia de la verdad*, traducción del alemán por HUMBERTO PIÑERA LLERA, *Revista Cubana de Filosofía*, Vol. II, No. 10, Enero-Junio de 1952.

² MARTÍN HEIDEGGER. *Op. cit.*, p. 13.

³ MARTÍN HEIDEGGER, p. 21.

lucidez, sólo quiere decir que aquel conocimiento es evidente; pero que la verdad de este conocimiento se reduzca a ese su lúcido y puro descubrir, es lo que el análisis fenomenológico no da de ninguna manera. Este análisis nos hará ver que la pura percepción, la simple "apprehensio", por muy diáfana y lúcida que sea, no es la verdad, al menos, la verdad consumada y perfecta, la que la evidencia verifica y descubre. Es en el juicio, en la complexión predicativa, explicitada o no, donde la verdad como tal puede ser verificada; y esta verificación en todo juicio verdadero, también en el que versa sobre lo inmediatamente descubierto en la intuición, no dice otra cosa sino que el juicio se conforme con lo juzgado". La evidencia —propiedad de una verdad cualificada— no es la verdad misma. La verdad, como adecuación lógica, implica la revelación y el descubrimiento del ser mismo en su patencia. No es la "quididad" o esencia de la cosa conocida lo que causa la verdad, sino el ser: el ser de la cosa dicho y revelado en el juicio.

2. FUNDAMENTACIÓN DE LA VERDAD

LA VERDAD —LUZ Y ALIMENTO— es comunicada después de ser poseída. Todo el hombre está empeñado en la indagación de la verdad. Y cuando se la descubre amorosamente en el silencio de la meditación, se pega al alma y le infunde vida interior. No es bien mostrenco, sino asunto íntimo, descubrimiento histórico con una filiación personal. El hombre no inventa la verdad, se acerca a ella y la recoge con reverente humildad. Pero en este acercamiento, el ser humano rasga la corteza de las cosas para alumbrar su secreto íntimo.

Al tener conciencia de nosotros mismos nos decidimos por la verdad. Esta decisión nos ennoblece y nos salva. Si acertamos a expresar lo que realmente es, preguntando a las cosas y a nosotros mismos qué es lo que ellas son, y qué es lo que nosotros somos, estamos en vías de encontrar respuesta a nuestro destino. Vivir humanamente es sentir la urgencia y necesidad de la verdad. Sólo al hombre le aqueja el deseo de dar respuesta a aquella pregunta formulada por Pilatos: "¿Qué es la verdad?" Pero antes de contestar a esta suprema y final interrogación nos preguntamos por la verdad de las cosas, de las cosas que cambian.

Cuando queremos saber qué es lo que las cosas verdaderamente son, no estamos utilizándolas o recreándonos en ellas. Estamos haciendo teoría. Actitud teórica que nos eleva sobre las cosas, desde el momento en que, inquiriendo por ellas, les arrancamos su secreto. Secreto que ellas mismas son impotentes para descubrir.

Nacimos para la verdad, aunque nos empeñemos algunas veces, en vivir en el error. Nos afanamos y nos desvivimos por descubrir el oculto tesoro de verdad que aprisionan las cosas. Porque "las cosas, agusanadas de temporalidad en su devenir incesante, están también angelizadas de permanencia en su verdad eterna" (Muñoz Alonso).

Realidad = Verdad. Esta equivalencia lleva implícita la afirmación de una verdad no creada por la mente humana. La verdad, como eterna que es, nos preexiste y nos trasciende. No creamos la verdad, pero sí la conocemos. Y al conocerla participamos de ella. San Agustín sostiene la percepción inmediata de Dios: nuestra inteligencia ve una verdad, la misma e inmutable para todos. Esa verdad o es Dios o es inexplicable sin Dios. En una forma intuitiva, el santo obispo de Hipona ve la verdad absoluta (Dios) en toda verdad. Ninguna verdad, ninguna bondad, ninguna belleza habría sin la existencia de un Dios que no se confunde con lo creado, con lo participado y lo mudable. Si la mente del hombre participa de la verdad, es porque Dios —la Verdad— le hace partícipe. Nuestra razón pronuncia juicios verdaderos porque ve, en la inteligencia, las verdades primeras, o ideas, o principios. La inteligencia intuye; la razón concluye. En el interior del hombre están presentes a la inteligencia los principios. La razón establece nexos y relaciones, formula juicios y discurre aplicando los principios inmutables del juicio. La verdad, de la que nosotros y las cosas participamos, no proviene ni de nosotros ni de las cosas. El origen de las verdades inmutables, necesarias y universales, es Dios. Mi pensamiento, aun cuando sea causa de aquello que piensa, no es principio de sí mismo. Puedo concebir la existencia en términos de verdad, en términos referidos al sentido inteligible de mi propio existir; pero esto no significa que sea yo la verdad de mí mismo (la absoluta verdad de mí mismo). Si mi mente, finita y mudable, es capaz de una noción de la verdad absoluta y conoce verdades, es porque soy *por* la Verdad y *para* la Verdad.

La validez de nuestros juicios está respaldada por la objetividad de normas o principios en base a los cuales la razón juzga. Estas normas o principios del juicio no son mudables y finitos; por tanto, no pueden ser un producto de la mudable y finita actividad racional. La Verdad que hace que la razón sea verdadera, sobrepasa y trasciende a esa misma razón. Porque hay normas verdaderas, hay juicios verdaderos. Y esas normas verdaderas o principios inmutables que son fundamento de la veracidad de los juicios, no pueden inducirse de la experiencia sensible. Porque lo más no puede salir de lo menos, lo inmutable y necesario de las normas verdaderas no puede provenir de lo mudable y contingente de las cosas. Aunque la verdad esté presente a la mente, es más que la mente, porque fundamenta toda cosa verdadera y la mente misma. La verdad intuida no encuentra su adecuada subsistencia real en ninguna cosa

existente. Queda siempre como objeto ideal abstracto y supone su Sujeto real de la Verdad absoluta. De no haber una Verdad absoluta no habría verdad alguna.

Desde la propia intimidad inagotable percibimos el llamado de una verdad infinita que nos trasciende y que funda la realidad de las verdades finitas. La verdad presente en nuestro espíritu es una imagen de Dios, pero no es Dios.

Como San Agustín, también M. F. Sciacca encuentra que la fundamentación de la verdad es, a la vez, la prueba de la existencia de Dios. Pero no se limita a repetir a San Agustín, porque le sobra talento, y formula una prueba de la existencia de Dios —hundiendo sus raíces en el ser del hombre— que, al decir de Manuel Gonzalo Casas —y sin ninguna exageración— casi no tiene paralelo en la bibliografía contemporánea. "O no hay verdad —nos dice—, o si la hay sobrepasa a la razón, en cuanto que es dada a la razón y no puesta por ella. En otros términos: o no hay verdad y con ello se llega a la conclusión absurda y contradictoria de que 'es verdad que nada es verdad'; o hay verdad y también hay un más allá de la razón; o no hay nada que sea verdad".⁴ Una vez ubicados los términos del problema, Michele Federico Sciacca pasa a formular, con toda precisión, la prueba. Hela aquí, con sus propias palabras:

"El ente inteligente intuye verdades necesarias, inmutables, absolutas; el ente inteligente, contingente y finito, no puede ni crear, ni recibir de las cosas por medio de los sentidos, las verdades absolutas que intuye; luego existe la Verdad en sí necesaria, inmutable, absoluta, que es Dios".⁵

La teoría de la fundamentación de la verdad como prueba de la existencia de Dios, aducida por el filósofo italiano, la consideramos nosotros, más que como una prueba rigurosamente lógica, como una meditación válida dentro del orden metafísico. En el plano metafísico es un hecho que las verdades necesarias, inmutables y absolutas intuitas por el hombre, implican la Verdad, es decir, a Dios. Pero en el orden del conocimiento, primero se conocen los efectos que mediante la prueba racional de la causalidad llevan a afirmar la existencia de Dios, y sólo entonces referimos las verdades a la Verdad. Dicho de otro modo: la realidad de Dios, anterior a las creaturas en el orden *óntico*, como creador que es de ellas, les es posterior en el orden lógico, pues sólo por ellas llegamos a conocerle. Examinando el fundamento de la verdad, conviene ahora destacar su sentido.

⁴ MANUEL GONZALO CASAS, p. 52, *La Existencia de Dios*. Editorial Richardet, Tucumán-Buenos Aires, 1955.

⁵ MANUEL GONZALO CASAS. *Op. cit.*, p. 70.

3. EL SENTIDO DE LA VERDAD

CUANDO LA VERDAD NOS POSEE, surge la ciencia. Los griegos daban el nombre de "aletheia" al "descubrimiento", a la "patencia" de las cosas. La verdad era, para ellos, una propiedad del ser real. La significación primitiva del vocablo fue —según Kretschmer y Debrunner— algo sin olvido; algo en que nada ha caído en olvido completo. Por la idea de completud se pasó a la de patencia. La verdad de las cosas en cada existencia del hombre, supone que aquéllas están propuestas a éste.

La presencia humana en el mundo posibilita —no genera— la verdad. La inteligencia reviste la forma misma de las cosas. Zubiri expresa, con gran concisión, que "la verdad es la posesión intelectual de la índole de las cosas".⁶ Pero la verdad no es tan sólo un atributo del conocimiento —tema de la gnoseología crítica— sino ante todo una determinación trascendental del ser en cuanto ser. Y en este sentido ontológico de verdad, no cabe una definición exhaustiva. La universalidad de la verdad impide que sea abarcada por una definición demarcadora. Partimos del reconocimiento de su existencia, como hecho original, para dedicarnos al problema de la esencia de la verdad de las cosas y del hombre. Esta verdad que nos sale al encuentro en la realidad mundanal nos remite a Dios: su origen y fin.

El ser aparece, se devela al sujeto cognoscente. Y este aparecer —promesa de revelación— viene preñado de certidumbre, de confianza. Por eso se ha dicho que "la verdad no es sólo 'aletheia', estado de no oculto, es también 'Emeth' (palabra hebrea de uso frecuente en la Biblia): fidelidad, constancia, autenticidad. Donde hay *Emeth* uno puede confiarse, entregarse". Por una parte los entes son recogidos y comprendidos en el hombre, y, por otra parte el hombre se introduce en el mundo englobante y abierto del ser. Medimos la verdad por el objeto, pero esta medida incluye libertad y elaboración creadora de lo externo. En otras palabras: medimos y somos medidos. "La verdad aparece en el mundo como repartida en innumerables sujetos que están abiertos uno para otro en la originaria actitud de la disposición, y que esperan uno de otro la comunicación de aquella parte de la verdad —apunta Hans Urs von Balthasar— que les ha sido confiada por Dios como participación en su infinita verdad. En esta recíproca abertura y en este estar a disposición los sujetos finitos reflejan así la suprema medida de lo que se puede captar en el mundo finito de la infinita abertura de la divina verdad".⁷ Piénsese que si Dios no conociese un ente no podría ser conocido por ningún hombre, porque

⁶ ZUBIRI, p. 28, *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, MCMXLIV.

⁷ HANS URS VON BALTHASAR, p. 47, *La Esencia de la Verdad*, Editorial Sudamericana.

no existiría en cuanto ente; carecería de medida del ser y, consiguientemente, de verdad.

Podemos decir libremente la verdad o mentir, porque nos autopoeseamos, porque disponemos de nosotros mismos. Somos responsables de la verdad en cuanto develamiento y en cuanto comunicación. El amor es inseparable de la verdad: la esclarece y la posibilita. Estamos llamados —todos, sin excepción— a dar testimonio de la verdad. Abrirse a la verdad, y abrirse en la verdad para los otros es cumplir la ley de nuestro propio ser. Tenemos la certeza de que somos hombres para algo más que para dar con nuestros huesos en una tumba. Por eso me ha parecido siempre magnífico el lema de la Universidad de Nuevo León: "Alere Flammam Veritatis". Si la administración de la verdad está confiada a la libertad humana, es preciso alentar la flama de la verdad. Condenados como estamos a la muerte, debemos apresurarnos, con inquebrantable voluntad y sin descanso, a dar nuestro mensaje, grande o pequeño, pero siempre auténtico antes de pasar a aquel estadio en donde tenemos la certeza —los creyentes— de que sobran los mensajes porque todo está a la vista, en su más prístina patencia. Pero todo develamiento, todo mensaje debe estar al servicio del amor que abraza y excede a la verdad. Otra cosa sería exhibicionismo o escándalo.

Si sabemos polarizar la verdad finita —nuestra verdad parcial— hacia la verdad absoluta, estaremos en el origen del movimiento de la verdad, poseídos por el amor y en camino de salvarnos. Las cosas son como Dios las ve. El conocimiento que de las cosas tiene Dios —arquetípico y ejemplar— es el único absolutamente exacto, correcto, verdadero. Resulta natural, entonces, que sólo desde Dios nos podamos ver los hombres.

El hombre es un ser dialógico. La verdad tiene también, en consecuencia, un carácter dialógico, social. Florece con el coloquio de los espíritus libres. Cada hombre tiene la posibilidad de enriquecer su propio campo visual con el de los otros. Cada hombre capta, sostiene y transmite la verdad de manera personal. Y todo ello sin mengua del carácter universalmente válido y supratemporal de la verdad. Si se habla de la individualidad de la verdad dada por la situación, es porque prescindir de este carácter concreto sería ocuparse de una simple abstracción. El continuo cambio de las perspectivas individuales y de las situaciones interiores, va constituyendo la historia de la verdad. En el ser, en la verdad, habrá siempre un fondo de misterio y, por tanto, una inagotable fuente de sorpresa. De ahí nuestra perpetua inquisición de la verdad. ¿Pero es que puede ser otra cosa la filosofía? "Busquemos, sugiere San Agustín, como quienes van a encontrar, y encontremos como quienes aún han

de buscar, pues, cuando el hombre ha terminado algo, entonces es cuando empieza".⁸

Al buscar las verdades mundanas descubrimos, en su más íntima contextura, una participación en la verdad eterna.

4. LA VERDAD MUNDANA PARTICIPA DE LA VERDAD ETERNA

LO VERDADERO Y LO FALSO, en su sentido más radical, se predicán de la intelección, no de las cosas. Verdad y falsedad ontológicas corresponden a las cosas en tanto que pueden ser objeto de conocimiento intelectual. Una caja de cigarros de chocolate es ontológicamente falsa como cajetilla de cigarros, porque es propicia para "ser juzgada" verdadera cajetilla de cigarros, en virtud de poseer las condiciones para poder ser falsamente entendida. Trátase, por supuesto, de una falsedad ontológica accidental, no esencial. La cajetilla de cigarros de chocolate es algo verdadero como cajetilla de cigarros de chocolate. Lo que sucede es que nuestro entendimiento finito no aprehende íntegramente al ser, porque le falta inteligencia. Para captar el ser en su plenitud se requiere el entendimiento absoluto. Las cosas tienen una relación real de dependencia con el entendimiento creador. En Dios, la inteligibilidad del ser y su intelección no son diferentes. Pero el hombre tiene que poner en contacto, mediante la actuación de su espíritu, la inteligibilidad del ser con la intelección cognoscente. Conocimiento de la verdad significa, en este sentido, la actividad espiritual contemplativa y desinteresada que se ordena a la posesión del ser tal cual es.

Por nuestra actividad contemplativa nos orientamos hacia la pura posesión de la verdad ontológica, hacia la conquista del ser. Y esta conquista enriquece el espíritu. El error no existe en las cosas, existe en la inteligencia; no se da en el concepto, se da en el juicio. Sólo el juicio atribuye, predica notas —constitutivas o reales— a las realidades concretas. La certeza se ha definido conceptualmente como el "asentimiento firme fundado en la evidencia". Toda duda —me lo dice mi intuición— sería irracional. Fundado en esta incommovible evidencia, San Agustín advirtió: los hombres han dudado de todo lo imaginable. "Pero ¿quién dudará de que él mismo vive y recuerda y reconoce, y quiere y piensa, y sabe y juzga? Pues aun cuando uno dude, vive: quien duda se acuerda de aquello de que duda; quien duda reconoce que duda; quien duda juzga que no debe dar su asentimiento a ciegas. Por consiguiente, aunque uno pueda dudar de todas las otras cosas, no puede dudar de las dichas,

⁸ SAN AGUSTÍN. De Trin., IX, c. I.

pues si éstas no fueran reales, no podría dudar en general de algo".⁹ Ante la evidencia del objeto queda, pues, excluida, toda vacilación dudosa. Percibo o experimento inmediatamente el conocimiento de un ser real, que está como real en mi conciencia. No se trata de una conformidad entitativa, sino de una expresión conceptual de lo que realmente es así. Mi entendimiento no tiene que convertirse en océano para estar en aptitud de juzgar con verdad acerca del océano. Entre el modo de ser intelectual y el modo de ser del objeto habrá siempre una diversidad esencial. Por eso el metafísico alemán G. Söhngen ha llamado a la verdad, relación entre dos relaciones, esto es, entre la relación estructural ideal del predicado y el sujeto por un lado, y la relación estructural real, por ejemplo, del accidente y la substancia por otro.¹⁰ En todo caso, la representación conceptual del objeto —unida a la percepción del mismo— precede a la visión de la verdad del juicio (perceptio veritatis).

Un objeto preyciente, "trascendente" a nuestro entendimiento que juzga, rige de alguna manera el acto de juzgar. Santo Tomás apunta que "el fundamento de la verdad del juicio es el ser del objeto, no su verdad. Por eso dice el filósofo: una opinión o dicho es verdadero, porque la cosa es, no porque la cosa es verdadera".¹¹ Pero lo que no dice el filósofo (Aristóteles) es que si hay en general verdad finita y ser finito es por una manifestación creadora y libre de Dios. Aristóteles nunca llegó a la verdad como participación. Nuestras verdades del mundo están marcadas por la contingencia. Un permanente misterio se entrevé tras toda verdad mundana y finita. Se divisa un infinito trasfondo que carece de fundamento porque está totalmente en sí mismo. Si rompiésemos esta participación se desplomaría la verdad mundana, cesando de ser verdad. Y es que "el mundo como totalidad, y todo ser singular y toda verdad singular intramundanos, son —como bien lo expresa Hans Urs von Balthasar— un genuino aparecer de Dios. El signo en el que Dios se expresa no representa obstáculo para decir lo que quiere decir. Entre contenido y expresión no hay intervalo porque la expresión procede totalmente de lo que se revela y está determinada por el contenido que debe expresar. No hay una materia extraña en la que Dios hubiera acuñado sus ideas: la única 'materia' existente, de la cual Dios crea el mundo, son su libre voluntad y sus externas ideas. Por eso, en la creación, la esencia de Dios puede transparentarse sin trabas hasta el punto de que el contemplador de las cosas mundanas pueda ver el modelo a través de la imagen, y olvidar que no lo ve directamente sino

⁹ SAN AGUSTÍN. De trinitate 10, 10 n. 14; ML 42, 981.

¹⁰ G. SÖHNGEN. Sein und Gegestand, p. 122, Münster, 1930.

¹¹ SANTO TOMÁS. S. th. 1 q. 16 a. 1 ad 3.

en el espejo de la criatura".¹² Es preciso, en consecuencia, no dejarnos seducir por la ilusión de atribuir a las cosas, como propiedad suya, esa eterna verdad que irradian por participación en Dios. La verdad absoluta está allende las criaturas. De ahí esa tensión de la verdad mundana hacia la verdad divina: fundamentación última y suprema medida. El "por qué" de la verdad nos remite a la voluntad divina que es, a la par, suprema razón. La libertad de Dios es idéntica a la Ley de la necesidad. La libertad del hombre, sin la mano creadora de Dios, es un "ser en la nada".

La vida humana, la vida de cada cual, ha de coincidir con la creciente verdad que tiene por permanente trasfondo y horizonte a la verdad infinita. La viva verdad mide al ser viviente. Y esta medida es también amparo, misterio íntimo. Estamos desnudos ante Dios. En Él poseemos, las criaturas, nuestra común verdad. En situación y en circunstancia, conviviendo, nos abrimos a la verdad. ¿Qué relación existe entre verdad y convivencia?

5. VERDAD Y CONVIVENCIA

EL YO NO ES UN SIMPLE DATO PSICOLÓGICO, ni es un hecho sensible objetivamente observable, ni es una suma de vivencias. Hay un conjunto de actividades psíquicas que aparecen y desaparecen: impulsos, pensamientos, deseos, etc. Pero estas vivencias que van y vienen están referidas y surgen de un fondo permanente y estable: el yo ontológico. Toda vivencia revela un aspecto del yo ontológico, pero el yo ontológico no puede reducirse a las vivencias (yo psicológico) porque las trasciende. El yo "matrix" (u ontológico) es el centro del campo de la conciencia, con un altísimo grado de continuidad e identidad. Tiene funciones, pero no es función, sino estructura consciente. Todas mis actividades físicas y espirituales tienen al "yo" como centro unitario de imputación. De ahí que no quepa decir que el yo es trascendente. Trascendente sería, únicamente, el yo ideal que da sentido a la tarea y hacia el cual se encamina la multiplicidad de actitudes.

Entregarme a la propia vocación es reconocer lealmente mi puesto en el orden universal. Dentro de este orden las cosas se presentan como instrumentos propicios o como obstáculos para el cumplimiento de la tarea personal. Entes y circunstancias adquieren consistencia y seriedad. El mundo se ofrece como una adecuada disposición de cosas a su fin, pero, también, como campo propicio para la resistencia a la vocación y como posibilidad de fracaso.

¹² HANS URS VON BALTHASAR, p. 262, *La esencia de la verdad*, Editorial Sudamericana.

Si yo fuese la verdad, no la buscaría. Y la busco porque estoy hecho para la verdad. "Busco lo *positivo absoluto* (el ser-verdad) con toda la *positividad* de que mi naturaleza de hombre es capaz", expresa Sciacca. En otras palabras: la verdad integral es un punto de convergencia integral del hombre total. En este sentido cabe decir que la filosofía es, por todos conceptos, ciencia de la realidad espiritual.

Aún antes de que mi espíritu conozca la verdad, e independientemente de este conocimiento, la verdad es. Agustiniamente hablando podemos decir que si la verdad que me precede —eterna e intemporal— no existe más que por un pensamiento que la piensa, "sólo un pensamiento eterno e inmutable puede pensar eternamente la eterna e inmutable verdad". Todas las verdades singulares que pensamos los hombres penden de la Verdad absoluta. Estas verdades, aunque interiores, nos trascienden. Porque hay una Verdad, somos capaces de juicios veraces.

Como buscadores de la verdad pura, los filósofos no son súbditos de nada, excepto de esa verdad que se sondea para hundirse en ella. Amor que liberta de ataduras terrestres y que dota al espíritu del señorío y de la dignidad que le corresponde. Renuncia purificadora que forja hombres más allá de la caducidad y de la indigencia. *Por ser una búsqueda de la verdad, la filosofía es salutífera.* Búsqueda que es preciso insertar en el momento histórico, porque el descubrimiento de la verdad —sucesivo y progresivo— se hace en el tiempo. Siempre cabe descubrir, en diversos momentos históricos, aspectos diversos de una norma universal y eternamente válida. Cuando se afirma que nada es verdadero o que no existe la verdad se está haciendo renacer —sin saberlo ni quererlo— el problema de la verdad.

Nuestro pensamiento, aunque pensamiento de un ser-en-el-mundo, trasciende el mundo y se dirige hasta el fundamento mismo del universo, sin tener la pretensión de adquirir, en el orden natural, el conocimiento propio de Dios.

Es cierto que vamos a lo verdadero con los otros, o no es a lo verdadero a lo que vamos. Esto por el hecho originario y fundamental de que vivir es convivir. Pero de aquí no cabe concluir, como lo hace Maurice Merleau-Ponty, que "nuestra relación con lo verdadero pasa por los otros", y que "yo no pienso ni según lo verdadero solamente, ni según yo solo, ni según el prójimo únicamente, porque cada uno de los tres tiene necesidad de los otros dos y será absurdo sacrificárselos".¹³ Una cosa es que la verdad —descubierta en la historia— se me dé en situación y en circunstancia, y otra cosa muy diferente es sostener, erróneamente, "que no hay juez en última instancia". Sólo

¹³ MAURICE MERLEAU-PONTY, p. 29, *Elogio de la filosofía*, Ediciones Galatea, Buenos Aires, 1957.

destruyendo la noción misma de verdad —necesaria, objetiva, universal, válida— cabe seguir usando su nombre para hacer pactos o acomodos.

Mientras que las cosas coexisten, los hombres conviven: En un caso se trata de simple yuxtaposición; en el otro de comunidad amorosa. Necesito convivir para poder vivir humanamente. Estoy ligado a los otros —mismidades personales— desde el momento en que reconozco el hecho de mi nacimiento. Y los otros, a su vez, ven en mí a “otro sí mismo” que vive en una “comunidad fundamental de intereses y de directivas”. Atentar contra esta solidaridad es deshumanizarse y, por lo mismo, atentar contra la propia persona. Pero ya el hecho mismo de que el atentado sea posible manifiesta el ineliminable riesgo y la exigencia de lealtad. El futuro es una incógnita. Y la incógnita cabe contemplarla como una amenaza o como una esperanza.

En medio de innumerables vicisitudes banales y frente a un extenso repertorio de posibilidades, debo elegir *mi* posibilidad para cumplir mi vocación y para realizar la ubicación que me corresponda en el mundo y con mis semejantes.

POR UNA VERDAD HUMANA

DR. FRANCISCO BUGIO PALOMINO
Universidad de Nuevo León.

CONOCER LA VERDAD Y ESTAR EN LA VERDAD

EL TÍTULO DEL PRESENTE ESBOZO puede parecer extraño por lo que anuncia y hasta cismático por lo que afirma. Ya presta a desconcierto la promesa de alinear mis reflexiones para hacer de ellas el panegírico de un tipo de verdad, y no el de la Verdad sin más; desconcierto que crece naturalmente si el tipo de verdad por el que me pronuncio es el humano, aquel que por contrapartida debe oponerse (o por lo menos diferenciarse) al otro de nivel superior: un tipo de verdad “divina”, “sobrehumana” o, sencillamente, “independiente” de lo aleatorio y circunstancial de todo lo que merece la denominación de humano. Es escandaloso preferir (en caso de que haya que preferir) la verdad humana sobre la verdad absoluta, siendo que, por lo demás, puestas en una tal relación, la verdad humana parece tener que ser una verdad relativa. Y es en estos términos, en efecto, como se ha planteado tradicionalmente el problema de la disyuntiva: o la verdad es absoluta, o la verdad es relativa; pero siempre se ha entendido que no se trata de una opción, sino de una concepción estricta... y tan estricta que de sus exigencias puede deducirse el rechazo de la alternativa y, como lo será en nuestro caso, la adopción de un tercer término que, al esquivar el orgullo del absolutismo y la miopía del relativismo, nos instala prudentemente en la llana realidad. Ni absoluta ni relativa, la verdad es sencillamente humana. Tal es nuestra afirmación y, aunque sigue sonando extraña, ya queda ganado para mí en este proyecto el aligeramiento con que nos gratifica la desvinculación de las tradiciones absolutista y relativista.

Sin embargo, estas dos vertientes de la tradición no se impusieron por un golpe caprichoso de alguna arbitrariedad histórica o de alguna fatalidad cósmica. Al contrario, sostienen a una y a otra concepciones rigurosamente